

Greenberg, Raphael & Hamilakis, Yannis, *Archaeology, nation and race. Confronting the past, decolonizing the future in Greece and Israel* (Cambridge: Cambridge University Press, 2022). 218 pp. ISBN: 9781009160230.

Raphael Greenberg y Yannis Hamilakis, respectivos profesores de arqueología de las universidades de Tel Aviv y Brown, han publicado un libro que está llamado a ser de gran interés en el campo de la crítica arqueológica e historiográfica. De entrada, es preciso remarcar algunos componentes que hacen del libro una obra original y fuera de lo común. En primer lugar, la propia temática. El libro, fruto de un encuentro académico en 2020, adopta un enfoque comparativo entre Israel y Grecia para estudiar cómo la relación de la arqueología con la colonialidad ha contribuido a formar la identidad de estos países. Grecia e Israel son dos observatorios privilegiados desde los que estudiar el poder discursivo y simbólico de la antigüedad. Gracias a la comparación de casos diferentes, pero similares, se pueden abrir nuevas ventanas de reflexión y de futuro de la práctica arqueológica, así como promover lazos intelectuales que sean capaces de romper con las fronteras mentales que establecen los nacionalismos. Y es que si bien los enfoques comparativos están más en boga últimamente, siguen sin ser del todo comunes, y menos aún en el caso concreto de los discursos arqueológicos e históricos en Israel y Grecia.

A su vez, aunque existe más concienciación entre la comunidad académica israelí y griega sobre el tipo de discursos y prácticas que ha promocionado históricamente la arqueología en sus países, exponerlos sigue siendo tabú, e incluso peligroso, en multitud de espacios académicos e institucionales, internos y externos. Como los propios autores reconocen desde el comienzo (p. 2), se trata de determinar quién es el dueño del pasado. En Israel, además, esta situación empeora por la actual ocupación militar y colonial de los territorios palestinos, donde la arqueología oficial también juega un papel destacado en los procesos de desposesión simbólica y material. En el caso griego, cuestionar la estructura del relato nacional —el «helenismo indígena»—, que afirma la descendencia directa entre antiguos y modernos, así como problematizar las relaciones de poder que atraviesan ese imaginario, provoca resistencias enconadas. En consecuencia, incluso si muchas de las propuestas del libro proceden del ámbito académico estadounidense, siguen siendo minoritarias en los sistemas arqueológicos nacionales. Para ello se adopta un enfoque explícitamente político (p. 6), entendido este como una problematización de las relaciones de poder que atraviesan la práctica arqueológica. Por todo ello, se trata de un libro no solo necesario, sino también valiente y contrahegemónico.

Además de la temática, *Archaeology, nation and race* presenta un formato singular. El estudio comparativo no se produce mediante capítulos estancos donde se describe y profundiza en cada caso nacional, como quizá cabría esperar, sino en forma de diálogo entre los autores. Los capítulos son siempre transversales a las realidades de los dos países, con el objetivo de compartir continuamente puntos de vista y reflexiones. Es justo admitir, sin embargo, que Hamilakis —y, por tanto, el caso griego— suele «hablar» más que Greenberg, y en bastantes

momentos parece conducir la dirección de la conversación. En todo caso, esto no empaña el resultado de conjunto, y es que el libro recuerda a los debates que se dan en los buenos congresos y encuentros académicos, y tampoco presenta un enfoque distendido o superficial. Bien al contrario, se trata de un texto denso y de lectura y digestión lenta, donde cada frase está bien medida y cuidadosamente argumentada, presentando un nivel intelectual y teórico elevado. De ello pueden dar cuenta también la amplia bibliografía, citada página a página, y recogida al final del libro, así como las diversas fotografías que acompañan la conversación, todas oportunas y bien elegidas. Con todo, *Archaeology, nation and race* presenta un ánimo iniciático que pretende ser accesible a quien quiera aproximarse por primera vez a estos menesteres, más allá incluso de los casos israelí y griego, ya que el libro opera también como una obra de teoría y ética arqueológica.

El libro se estructura en torno a una Introducción, cinco capítulos temáticos y unas Conclusiones. Comenzando con la Introducción (pp. 1-7), los autores presentan sus biografías intelectuales, en especial su relación con la arqueología y las preguntas que le hicieron plantearse la necesidad de cuestionarla y descolonizarla en sus respectivos países. En el segundo capítulo («The colonial origins of national archaeologies», pp. 8-41) Greenberg y Hamilakis se dirigen directamente al meollo de la cuestión, exponiendo los orígenes de la práctica arqueológica en Grecia e Israel, para situar cada proyecto arqueológico nacional en un contexto colonial. En el caso griego, mediante la intervención directa de arqueólogos y prácticas arqueológicas extranjeras desde el primer momento, en relación también con la construcción nacionalista del Estado; en lo que concierne a Israel, por la ligazón —previa al origen del Estado— de la arqueología bíblica con los intereses británicos, europeos e incluso, actualmente, de los sectores evangelistas estadounidenses, así como con el plan doméstico de dominación de los palestinos. Se trata de proyectos asíncronos, que parten de momentos e intereses diferentes y plurales, pero en los que riman dinámicas nacionalistas, orientalistas, capitalistas y coloniales. De especial interés es entender cómo estos discursos arqueológicos, desde el siglo XVII, si no antes, han reimaginado históricamente el pasado de los paisajes que componen el helenismo y la Tierra Santa, incorporándolos de forma particular y privativa al imaginario occidental dominante, creando mitologías occidentales y nacionales que minusvaloran, reifican y ocultan a las gentes que habitan en ellos.

El siguiente capítulo («Archaeology in the crypto-colony», pp. 42-74) interrelaciona la práctica arqueológica con la configuración de ambos países como «cripto-colonias», esto es, países teóricamente soberanos, pero económicamente dependientes, situados en áreas liminales (*buffer zones*), entre zonas «civilizadas» y colonizadas, y que como respuesta a esas contradicciones promocionan discursos nacionalistas muy agresivos que buscan enmascarar las relaciones de colonialidad. Esta propia condición liminal puede y suele derivar en momentos y etapas de dominio político directo. Tales discursos están presentes desde la misma constitución de ambos Estados, como garantes de las fronteras ancestrales occidentales y (judeo-) cristianas frente al islam, o más tarde del capitalismo frente al comunismo, el autoritarismo, o los refugiados hoy en día.

El capítulo describe ampliamente el papel de la arqueología como capital simbólico y central en la formación de este proceso discursivo, especialmente mediante las políticas respecto a las antigüedades, la incorporación simbólica de territorios colonizados al cuerpo nacional a través de la arqueología, y las actividades que han desempeñado las escuelas arqueológicas extranjeras que operan en ambos países, que aún establecen jerarquías de valor e importancia.

El cuarto capítulo («Archaeology as purification», pp. 75-108), uno de los más interesantes y originales, explora cómo los discursos arqueológicos en ambos contextos han desarrollado concepciones estéticas y sensoriales que buscan la purificación del pasado material, y cómo se han relacionado a su vez con otros discursos nacionales en términos raciales y religiosos. El discurso purificador y nacional identifica, de una forma un tanto religiosa, elementos contaminantes en los restos arqueológicos que pueblan estas tierras sagradas, y que por tanto han de ser reemplazados o «limpiados»: trazas materiales de épocas consideradas bárbaras o extrañas al discurso nacional, de religiones diferentes o, sencillamente, de la propia presencia humana. En el caso de Israel, el gobierno lleva décadas ejecutando programas de expulsión física y simbólica —la «espectralización»— de las comunidades palestinas mediante las prácticas arqueológicas. De forma paralela, en ambos países se han dado procesos de sacralización de los restos arqueológicos. A su vez, los autores sitúan la arqueología como un dispositivo propio de la modernidad, que gusta de una serie de dicotomías (cultura-naturaleza, razón-emoción) ajenas a las lógicas de muchas de estas comunidades, que, por cierto, tenían también sus propios discursos arqueológicos. Por último, se aborda cómo estos discursos higienistas y teológicos realmente generan ilusiones presentistas y continuistas que pretenden representar la realidad antigua.

El libro continúa con un capítulo («Whitening Greece and Israel: nation, race and archaeogenetics», pp. 109-150) directamente relacionado con el anterior. En él se abordan los condicionantes raciales e ideales supremacistas de blanquitud que han acompañado a las prácticas arqueológicas en los dos países. Se trata de un elemento implícito, que aflora pocas veces, pero en realidad constitutivo de sendas identidades nacionales. Ambos procesos están directamente relacionados con las demandas y reafirmaciones de autoctonía e indigenismo. La arqueología ha sido indispensable para construir un discurso que legitime el indigenismo, la propiedad del territorio imaginado y la continuidad nacional. Sin duda, esta tarea epistémica ha provocado multitud de ansiedades y cortocircuitos que se atajan de diversas maneras, pero ante todo es creadora de diferencia y otredad, de negación de la pluralidad étnica de la cultura material y de dinámicas de olvido represivo de los turcos y palestinos, entre otros. Es de remarcar la minuciosa y demoledora crítica acometida de los estudios recientes de arqueogenética, que en la inmensa mayoría de casos operan como una actualización «científica» de los discursos supremacistas y de continuidad racial.

El último capítulo («Decolonizing our imagination», pp. 151-179) busca plantear una conversación y una reflexión amplia a la vista de todas las ideas vertidas en los capítulos anteriores. El objetivo es fomentar propuestas de futuro

—un término clave presente desde el propio título de la obra— que descolonicen los imaginarios arqueológicos y, por tanto, sus propias prácticas. Se trata de un proyecto de tal complejidad que carece de destino claro, por lo que los autores buscan inspiración en experiencias de movimientos antirracistas, interculturales o en concepciones alternativas del pasado y la temporalidad. También se abordan problemas más concretos, como los conceptos de valor y temporalidad implícitos en la normativa arqueológica de ambos países, su dependencia de los índices de impacto académicos del Norte global o, en el caso de Israel, el doble papel del arqueólogo como oprimido (en mente) y opresor. Se trata de reimaginar, de desaprender, de desacralizar el pasado excavado, de procurar, en definitiva, que la arqueología deje de ser un instrumento de dominación, capaz de generar nuevos futuros posibles y formas más inclusivas y plurales de relacionarnos con el pasado y sus paisajes. Cierran la obra unas breves Conclusiones (pp. 180-183) conjuntas que casan muy bien con el capítulo precedente, en las que se pone en valor los aspectos tratados respecto a los proyectos arqueológicos en Israel y Grecia, su historicidad y centralidad dentro de los contextos coloniales, y, como broche final, una reflexión sobre el potencial revolucionario y transformador de la arqueología y la cultura material.

David Sierra Rodríguez